

JUAN PABLO VISCARDO Y GUZMÁN EN LA HISTORIOGRAFÍA

José de la Puente Brunke

Pontificia Universidad Católica del Perú

La figura histórica de Juan Pablo Viscardo y Guzmán (Pampacolca, 1748 – Londres, 1798) es reconocida no solo como indudable pionera de la idea de la Emancipación americana, sino también como una adelantada de la afirmación de los muchos elementos que unen a los habitantes del continente, cuando expresó -en su célebre “Carta a los españoles americanos”- que “el Nuevo Mundo es nuestra patria, y su historia es la nuestra”. En ese sentido, mi propósito es el de reflexionar en torno a cómo ha sido percibida la figura de Viscardo después de su muerte; cuál ha sido la influencia de sus ideas y de sus escritos desde 1798 hasta la actualidad.

Antes, vale la pena recordar algunas de las ideas centrales que planteó en sus escritos, y que fueron fundamentalmente cuatro, según Luis Alberto Sánchez:

“(…) primero, los pobladores de la América meridional forman una sola nación de cultura hispánica y raíz americana; son, por tanto, unos españoles americanos; segundo, los españoles americanos oriundos de la América española se encuentran sojuzgados injustamente por sus hermanos los ‘españoles europeos’, dueños de todo, usufructuarios de todo y amos de todos; tercero, los españoles americanos tienen conciencia de su igualdad con los españoles europeos, por lo que rechazan la primacía de estos y reclaman los derechos del hombre y del ciudadano por igual para todos; cuarto, frente a la negativa y los abusos de los españoles europeos de la América española, los españoles americanos deben unir sus fuerzas y

proclamar la soberanía sobre la tierra en que nacieron y donde viven, crecen, crean y trabajan”.

En ese sentido, Viscardo insistía en la concordia que había entre los pueblos americanos. Por ejemplo, en sus cartas a funcionarios ingleses decía que los españoles americanos habían quedado “convertidos casi en un mismo pueblo” con mestizos e indios. Afirmaba también que, con sus siete millones de habitantes, el Perú sería un rico mercado para los productos británicos, sobre todo porque bajo el régimen español los productos importados se vendían tres o cuatro veces más caros que en Europa.

Se estableció en Londres definitivamente en 1791, donde recibió un salario del gobierno británico, bajo la protección del Secretario de Estado, James Bland Burges. Al llegar presentó a Burges su “Proyecto para independizar la América española”. En 1792 escribió su “Ensayo histórico sobre los disturbios en la América meridional en 1780”, y después el “Esbozo político sobre la situación actual de la América española”.

Juan Pablo Viscardo y Guzmán es un personaje singular por muchos motivos. En ese sentido, me parece oportuno citar al historiador francés Francois Dosse, quien en su libro *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, señala cómo en nuestros días

“(…) los límites que parecían más intangibles, como los que definen el desarrollo biográfico entre el nacimiento y la muerte, son hoy cuestionados tanto río arriba como río abajo. Por un lado, (...) [desde distintas disciplinas] nos hablan de la validez de algunos condicionantes que pesan sobre el individuo antes de nacer. Por otro, el giro historiográfico y memorialístico desplaza la atención hacia las fluctuaciones del sentido de las figuras biografiadas después de su desaparición física. La posteridad del biografiado resulta tan significativa como su periodo vivo, por las huellas que deja y por

sus múltiples fluctuaciones en la conciencia colectiva bajo todas sus formas de expresión”.

En el caso de Viscardo, incluso podríamos decir que la posteridad del biografiado fue aun más significativa que su periodo vivo. En este sentido, el ya citado Luis Alberto Sánchez dijo de Viscardo que “su fama tiene un rumbo inverso. Comienza con su muerte”.

En la gestación de esa fama hay una figura crucial: el ilustre caraqueño Francisco de Miranda, quien fue fundamental en la difusión de los escritos de Viscardo. Miranda sirvió en la guerra de independencia norteamericana en el ejército de Washington. Luego visitó Italia y es posible que hubiera conocido a Viscardo. Tras su muerte, Miranda recibió los papeles y libros de Viscardo de manos de un personaje que fue también decisivo en la difusión de las ideas de Viscardo: Rufus King, amigo de Miranda y representante diplomático de los Estados Unidos en Londres.

Para que la fama de Viscardo llegara a darse, hubo que esperar más de un siglo después de su muerte. En el caso de la historiografía peruana, fue tan solo en el siglo XX cuando su figura empezó a ser valorada. En este sentido, José Agustín de la Puente Candamo ha escrito sobre la formación de la biografía de Viscardo, y ha puesto de relieve cómo el año 1925 es crucial. En efecto, fue entonces cuando el ilustre historiador jesuita Rubén Vargas Ugarte publicó un importante trabajo sobre él en *Revista Histórica*, que fue reproducido poco después por Jorge Guillermo Leguía en el *Boletín del Museo Bolivariano*. Ese es el momento en el que Viscardo y su “Carta a los españoles americanos” empiezan a valorarse en su verdadera dimensión. Es llamativo cómo, entre los historiadores del siglo XIX, solo Mariano Felipe Paz Soldán lo menciona, en una nota a pie de página de su *Historia del Perú independiente*. Esto se explica porque Paz Soldán consideraba que la Independencia se había iniciado en 1821, con su proclamación por San

Martín. Sin embargo, la razón de fondo por la que el mensaje de Viscardo no caló en el siglo XIX está referida a los afanes de los políticos y los publicistas de entonces por destacar el afianzamiento del Estado-nación peruano, en un contexto continental en el cual todos los países hispanoamericanos compartían lo que César Pacheco ha denominado “exacerbados nacionalismos”. Así, el mismo Pacheco explica que el hecho de que Viscardo no apareciera referido en los textos del siglo XIX se debe a que su mensaje no coincidía con las visiones entonces predominantes en torno a que la Independencia de cada Estado habría sido “un proceso propio, autónomo, casi excluyente”, a pesar de los ideales de unidad americana que diversos próceres habían planteado con anterioridad.

David Brading, por su parte, reitera que el reconocimiento de la figura de Viscardo se dio a inicios del siglo XX, cuando la Carta se volvió a publicar: primero en París, después en Buenos Aires y finalmente en el Perú. Hay que decir que en el Perú se había publicado, por entregas, en 1822, pero sin haber tenido ningún impacto. El mismo Brading señala que en el tiempo de la Independencia la Carta fue conocida también en la Nueva España, al punto de que en 1810 la Inquisición de México prohibiera “un cuadernito intitulado *Carta dirigida a los españoles americanos escrita por uno de sus compatriotas*”, y ordenara que todas las copias fueran confiscadas, y calificaba la Carta como “falsa, temeraria y sediciosa”, señalando que era “tan acre y mordaz, tan revolucionaria y sofística”. Consideraban especialmente grave el que Viscardo dijera que España había gobernado el Nuevo Mundo,

“con ingratitud, con injusticia, con servidumbre y desolación (...); a estas cuatro palabras se reduce la historia toda de la España con América”.

Volviendo a la historia de la historiografía, aparte del ya mencionado Vargas Ugarte, debemos citar a otro ilustre historiador jesuita: Miguel Batllori, con

su célebre libro *El abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la Independencia de Hispanoamérica*, publicado en Caracas en 1953. Es interesante señalar cómo, en sus semblanzas biográficas, estos dos jesuitas discrepan en lo referido a los motivos de la desvinculación de Viscardo de la Compañía de Jesús en 1769. Vargas Ugarte la entiende como lógica consecuencia del trauma de la expulsión, mientras que Batllori sospecha de falta de sinceridad en Viscardo en ese proceso.

Batllori publicó las dos cartas que en septiembre de 1781 dirigió Viscardo a John Udney, cónsul inglés en Livorno, refiriéndole las repercusiones de la rebelión de Túpac Amaru en el sur andino. Decía que la sociedad mestizo-criolla del Perú había madurado, que tenía muchos lazos de unión con la sociedad indígena, y proponía al gobierno inglés “un proyecto para adelantar la separación de España del rico e inmenso Virreinato del Perú y, en general, de todas las posesiones españolas en América”.

Por otro lado, otros historiadores, ya en la segunda mitad del siglo XX, nos han ayudado a entender que la figura de Viscardo encierra varias facetas, además de las dos usualmente ponderadas, que son la de su exilio en Italia tras la expulsión de los jesuitas, y la propia “Carta a los españoles americanos”. En este sentido, es muy importante la contribución de César Pacheco Vélez en la *Colección Documental de la Independencia del Perú*, en la que publica documentos originales de Viscardo hasta entonces no difundidos. Pero la figura crucial fue el estudioso norteamericano Merle E. Simmons, quien en 1983 -con la colaboración del Instituto Andrés Bello de Caracas- publicó muchos documentos originales de Viscardo. Simmons es el que da a conocer el grueso de la obra de Viscardo. Él tuvo más suerte que Vargas Ugarte y Batllori, porque encontró en la Biblioteca de la Sociedad Histórica de Nueva York un original manuscrito de la Carta de Viscardo, y además 400 páginas manuscritas de ensayos que quedaron inéditos y que

permiten hablar de un “nuevo Viscardo”, autor también de una breve “obra literaria”. Ese “nuevo Viscardo” ya no era un precursor más de la Independencia, sino uno de los principales representantes de la Ilustración hispánica.

Viscardo se hizo eco de las quejas del patriotismo criollo, pero fue más allá, porque cuestionó el absolutismo de Habsburgos y Borbones, frente a un tiempo anterior en que las cortes representaban a la nación y eran guardianas de los derechos del pueblo. Para él, el virrey Francisco de Toledo fue el primer representante del poder arbitrario de la Corona en el Perú, ejecutando a Túpac Amaru I y maltratando a los mestizos, como lo había denunciado el Inca Garcilaso de la Vega. Y la tiranía real se confirmaba siglos después con la expulsión de los jesuitas.

Otros estudiosos, como el también jesuita Manuel Marzal, han resaltado las similitudes entre Viscardo y el Inca Garcilaso de la Vega: ambos abrazaron el estado clerical, al recibir las órdenes menores; ambos amaron mucho al Perú; ambos escribieron sobre el Perú; y ambos dejaron el Cuzco en torno a los 20 años de edad, y nunca volvieron. Sobre esas similitudes, afirma Brading:

“Si Garcilaso atacaba al virrey Francisco de Toledo por el asesinato judicial del joven Túpac Amaru y por la persecución de mestizos, también Viscardo condenó la cruel ejecución que Areche ordenó sobre Túpac Amaru II y por el exilio de los jesuitas. En ambos casos, los patriotas peruanos compartían un enemigo común, la monarquía absolutista creada por Felipe II y renovada por Carlos III, cuyos servidores en el Nuevo Mundo deseaban extraer el máximo provecho del imperio español de ultramar”.

Por otro lado, varios autores se han referido a las fuentes intelectuales de los escritos de Viscardo, destacando entre ellas la literatura política del siglo XVIII, los escritores clásicos españoles y los autores de la leyenda negra.

También destacan el célebre periódico limeño *Mercurio Peruano*. En una carta desde Londres en 1797, le dice Viscardo a un funcionario inglés:

“Tengo bajo mis ojos el *Mercurio Peruano*, papel periódico de una sociedad de sabios de Lima de que Europa no se sonrojará sin duda y que muestra los rápidos progresos que las ciencias han hecho en ese país; la misma superstición no estaba ahorrada y se descubre que la Inquisición no ha podido impedir a la razón y a la filosofía ir a iluminar al otro hemisferio”.

Percy Cayo Córdova y César Pacheco Vélez afirmaron que Viscardo no había sido un teórico, sino que había mostrado una mentalidad política pragmática, por la reiteración de sus argumentos e incluso por algunas contradicciones en las que incurrió. Por ejemplo, en principio compartió los criterios de la leyenda negra antiespañola para estimular a los ingleses a apoyar la Independencia, pero cuando Gran Bretaña y España se aproximaron en política exterior frente al enemigo francés, hacia 1792, Viscardo “da un viraje en redondo y ahora defiende la realidad de América española frente a las exageraciones de Raynal, Robertson y el propio Ulloa y refuta los consabidos argumentos de Buffon y de Pauw, sobre el insano clima tropical de América como causa de la degeneración física y moral de los criollos, a los que sigue defendiendo ardorosamente”.

Por la amplísima cultura que mostró Viscardo, Cayo y Pacheco lo equiparan “a los peruanos más cultos de su tiempo: un Olavide, un Baquíjano, un Unanue”. Por cierto, los cuatro con vidas intensas, y abrumados por los cambios de la época.

Se ha dicho también que, por influencia del pensamiento ilustrado, Viscardo adoptó “una versión filosófica o ilustrada del cristianismo”, que desdeñaba tanto las pretensiones del Papado como las prácticas devocionales del catolicismo. En una carta, al referirse al papel de la religión en la conquista de América, afirmaba que la superstición había pervertido “la inocencia

natural de la moral primitiva de los hombres, con el fanatismo, la discordia y la espada”. El Papa era responsable por haber donado el Nuevo Mundo a los Reyes Católicos, y por tanto haberlo reducido a “la esclavitud política, civil y religiosa”. Cita a Montesquieu: “¿cuántas víctimas ha sacrificado la Inquisición al demonio de la intolerancia?”

El embajador Luis Chuquihuara, por su parte, ha ponderado la visión integral que Viscardo tenía de la política internacional: “Su análisis de la realidad geográfica, política, económica y social peruana, hispanoamericana y europea lo lleva no solo al diagnóstico de los vínculos intercontinentales vigentes, sino a proponer el esbozo de un nuevo sistema de relaciones internacionales sobre la piedra angular de la emancipación del nuevo continente. Es esta visión internacional la que convierte a Viscardo y Guzmán en un Precursor esclarecido de la identidad política regional que hoy denominamos América Latina”.

Brading, por su parte, concluye que Viscardo fue un precursor de los liberales del siglo XIX:

“En su repudio a toda la época colonial, Viscardo fue el precursor de aquellos liberales decimonónicos que menospreciaban los tres siglos de dominio hispano por considerar que era una época en la cual la sociedad vegetó, privada de todo juego de ideas e intereses. Curiosamente, el único remedio para todos estos males eran la independencia y el libre comercio. Así, en los escritos de Viscardo podemos rastrear la crisis del patriotismo criollo y el nacimiento del liberalismo hispanoamericano, esto es, el abandono de la tradición y la búsqueda de la utopía” (Brading 2004: 67-68).

En estas consideraciones en torno a Viscardo y la historiografía hemos hecho referencia a varios de los autores que han analizado la vigencia de la obra de Viscardo después de su muerte. Son muchos más, sin embargo, los autores que, de uno u otro modo, han reflexionado en torno a la vigencia del

pensamiento del prócer de Pampacolca. Entre ellos merece una especial mención Javier de Belaunde Ruiz de Somocurcio, quien en diversas publicaciones puso de relieve la trascendencia de la vida y la obra de Viscardo. Del mismo modo, debe destacarse la contribución de Teodoro Hampe Martínez al estudio de Viscardo, y en particular la identificación que logró realizar de la casa londinense en la cual falleció.

Para concluir, debo destacar la importancia del mensaje de Viscardo en torno a los muchos elementos que nos unen como hispanoamericanos. Si bien en el siglo XIX sus consideraciones no tuvieron recepción por el predominio que entonces tenían las visiones nacionalistas en los diversos Estados de nuestro continente, podemos esperar que en este siglo XXI la afirmación de que “el Nuevo Mundo es nuestra patria y su historia es la nuestra” inspire los esfuerzos por lograr una mayor unidad y armonía entre los países hispanoamericanos.

Bibliografía

Batllori, S.J., Miguel: *El abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la Independencia de Hispanoamérica*. Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953.

Belaunde Ruiz de Somocurcio, Javier de: *Juan Pablo Viscardo y Guzmán: ideólogo y promotor de la Independencia hispanoamericana*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2002.

Brading, David A, y otros: *Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798). El hombre y su tiempo*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 1999, 3 vols.

Dosse, Francois: *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia, Universitat de Valencia, 2007.

Hampe Martínez, Teodoro: “Viscardo y Guzmán en Londres o los albores de la independencia hispanoamericana”. En Brading, David A, y otros: *Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798). El hombre y su tiempo*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 1999, vol. I, pp. 167-188.

Puente Candamo, José A. de la: *El Perú y su Independencia: reflexiones ante el Bicentenario*. Lima, Universidad Ricardo Palma, 2021.

Pacheco Vélez, César: “Tras las huellas de Viscardo y Guzmán” (Sobretiro del Estudio Preliminar al T. I, V. I de la *Colección Documental de la Independencia del Perú*). Lima, Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1976.

Sánchez, Luis Alberto: “Prólogo”. En Viscardo y Guzmán, Juan Pablo: *Obra completa* (César Pacheco Vélez y Percy Cayo Córdova, editores). Lima, Banco de Crédito del Perú, 1988.

Simmons, Merle E.: *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán precursor de la Independencia hispanoamericana*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1983.

Vargas Ugarte, S.J., Rubén: “Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1747-1798)”. *Revista Histórica*, vol. VIII (Lima, 1925), pp. 5-18.

Vargas Ugarte, S.J., Rubén: *La Carta a los españoles americanos de don Juan Pablo Viscardo y Guzmán*. Lima, 1954.

Viscardo y Guzmán, Juan Pablo: *Carta dirigida a los españoles americanos* (Introducción de David Brading). México, Fondo de Cultura Económica, 2004.